

que su autor tenía una grande fama de santidad y virtudes en general, que no llegaron á demostrarse jamás en particular por ningun decreto especial]: ¿qué se sigue de aquí? Esto solo interesa para advertir que la Carta de Palafox de que se trata, ha sido aprobada por los dos revisores que el Cardenal Passionei eligió á ese fin, no universal é indeterminadamente, sino conforme al Decreto de Urbano VIII; es á saber, que en ella nada se encuentra ofensivo á la *Fé y buenas costumbres*. Bajo este aspecto jamás se ha quejado la Compañía de esta Carta y de su autor, sino de las particularísimas y muy horrendas calumnias, con que entiende ha sido lastimada y totalmente oprimida. Este género de acusaciones de ninguna suerte ha podido ser tocado por los revisores ni podia serlo; pues no era de su inspeccion emitir su juicio sobre las virtudes del autor de la Carta, sino únicamente acerca de si su *doctrina* era ó no errónea.—Además, ninguna cosa de esta Carta se opone al decreto de la Sagrada Congregacion, porque él solo se versa sobre los decretos dados, es decir, que supuesta la autoridad de los revisores, cerciorados los Padres Emmos. de que en esas obras no se contiene *doctrina perniciosa*, resuelvan poder procederse *ad ulteriora*. Y esto no es aprobar las calumnias de Palafox de que hormigüea su Carta á Inocencio (1).”

Prosiguiendo la historia, recordemos la proyectada Mision de S. Francisco de Borja en la California, fundada por la Señora duquesa de Gandía como ya dejamos dicho. Al efecto, aunque el P. José Rotea llegó á la Península en 1759 destinado á plantearla, como en el mismo año vacó la de S. Ignacio por la muerte del P. Consag, fué empleado en ella, pues no debian abandonarse las misiones ya fundadas por establecer otras nuevas. Sin embargo, el P. Jorge Retz, despues de haber reducido al cristianismo á casi todos los gentiles del vasto territorio de su Mision, se dedicó tambien á reducir á muchas tribus de las que debian pertenecer á la nueva. Hizo tambien abrir el camino de comunicacion entre las dos y fabricar en Adac los edificios necesarios, á saber: la Iglesia, la casa del misionero y soldados, un almacen y un hospital. Tambien labró el pequeño terreno que allí habia capaz de cultivo, y sembró maíz.—Todo esto se hizo antes que se encargase de la mision el P. Wenceslao Link, natural de Bohemia destinado á gobernarla. Este llegó á la California en 1762, se estuvo algunos meses en Santa Gertrudis aprendiendo la lengua cochimí, y en el estío del mismo año se trasladó á Adac en compañía de algunos soldados. Dió principio á su Mision con trescientos neófitos, convertidos, catequizados y bautizados por el P. Retz, y despues comenzaron á acudir á ella, con el fin de hacerse cristianos muchos gentiles de las tierras cercanas; pero en una

[1] *Oxomens*. Nuevo Sumario objecciona, tomo 1.º parte 1.ª pág. 650 1788.

mision nueva y situada en país estéril no era posible mantener tantos catecúmenos á más de los soldados y de los empleados en el servicio de ella. Es verdad que el territorio de Adac abunda en liebres, conejos y otras especies de caza; pero en cuanto á vegetales, no tenia mas que pitahayas, mezcal, palmas de dátiles insípidos, y una gran cantidad de aquellos árboles tan extravagantes como inútiles llamados *milapá*, de que habla en el libro 1.º de su historia de la California el P. Clavijero. Faltaban tambien madera y leña, y no se encontraban pastos; y así, de las ovejas y cabras que se llevaron al principio, murieron luego algunas, y las restantes se enflaquecieron tanto, que fué necesario sacarlas de aquella tierra para que no pereciesen.—No teniendo pues aquella Mision arbitrios para subsistir, fué necesario que las otras la socorriesen, segun en tales casos se acostumbra; pero la más cercana, que era la de Santa Gertrudis, dista treinta leguas y casi nada tenia que poder darle. La de Guadalupe, distante casi ochenta leguas, le enviaba carne seca, y tambien de Loreto, distante más de cien leguas, recibia las otras provisiones y todo lo necesario para el culto divino, para el vestido del misionero, de los soldados y neófitos, para la agricultura y las otras artes de primera necesidad. Esas cosas iban por mar hasta el puerto de los Angeles, distante ocho leguas de Adac, en un barco que habia dado á la Mision el procurador de Loreto á fin de que sirviese en estos trasportes; mas como estos viajes eran peligrosos por las fuertes borascas y las impetuosas y contrarias corrientes de las Islas de Salsipuedes y los californios no eran prácticos en la navegacion, se encomendó el gobierno del barco á un buen indio de Sinaloa, llamado Buenaventura Ahome, el cual todo el tiempo que no estaba en viaje, servia con mucha diligencia y fidelidad á la misma Mision en otros ministerios. El P. Link escojió entre los neófitos algunos jóvenes vivos para que navegando en compañía del de Sinaloa, aprendiesen la marinería, así como hizo que aprendiesen la agricultura bajo la direccion de un soldado que la entendia. En el primer año recojió una corta cosecha del poco maíz que á su tiempo habia sembrado el P. Retz; pero habiendo descubierto y cultivado otro pequeño giron de terreno labrantío y valiéndose de la industria de sembrar cada año trigo y maíz sucesivamente en un mismo campo, como se hacia en Santa Gertrudis, cosechó una cantidad mucho mayor, aunque no cuanta necesitaba para el consumo de la Mision. Habia plantado por sí mismo una huertecilla, en que habian nacido varias plantas de las semillas que habia llevado de México, y esperaba á que estuviesen algo más crecidas para trasplantarlas, pero las perdió todas por el aturdimiento de los indios, porque debiendo llevar el Sagrado Viático á un soldado que se hallaba gravemente enfermo, mandó á sus neófitos que barriesen la calle y esparciesen yerbas en ella; y no

encontrando ellos otras mejores que las de la huerta del misionero, las arrancaron todas y las esparcieron en la calle. El Padre al salir con el Santísimo Sacramento notó que lo que iba pisando era el fruto de su trabajo, pero hizo de ello un sacrificio voluntario al Criador.

Después de diez y ocho meses de establecida aquella Mision, no habian podido hallarse pastos en todo su territorio, hasta que habiendo estado en ella el capitán gobernador, tomó empeño en buscarlos de nuevo y halló por fin sobre una colina á ocho leguas de distancia de Adac una llanura con agua y pasto suficiente para ochocientas cabezas de ganado mayor. Apenas tuvieron los otros misioneros noticia de este descubrimiento tan ventajoso á la Mision, cuando mandaron allá caballos y vacas, y desde entonces se tuvo carne fresca para comer. Cuando se llevó á este lugar el ganado en Diciembre de 1763, se vió nevar en la colina, lo cual no se habia visto en todo el resto de la California. En Adac podia tambien comerse pescado fresco, porque en el puerto de los Angeles es abundante la pesca; pero el P. Link se privaba de este manjar por evitar á sus neófitos el trabajo de traersele.

Esta prosperidad de la Mision de S. Francisco de Borja en las cosas temporales, no era comparable con la que tuvo en los progresos de la religion cristiana. Habiéndose fundado con trescientos neófitos se fué aumentando notablemente, porque los gentiles acudian en bandadas á instruirse y bautizarse; y en todo el tiempo que duró la Mision hasta la expulsion de los Jesuitas, casi jamás faltaron catecúmenos. El P. Link viendo que la Iglesia que se habia hecho al principio era pequeña y mal fabricada, construyó otra más grande. En el pueblo habitaban de pié, además de los soldados, casi treinta familias de neófitos, sin contar con los catecúmenos que estaban en actual instruccion y con una tribu de neófitos que venia de otra parte, pues cada semana se quedaba allí una de las tribus de fuera, tanto para renovar su instruccion, oír misa, recibir los Sacramentos si los pedian y emplearse en otros ejercicios de devocion, cuanto para trabajar en la labor ó ejercitarse en otros oficios, para irse acostumbrando al trabajo y evitar la ociosidad, tan perniciosa á las buenas costumbres. El sábado se iba la tribu que habia estado allí en la semana, y venia otra á ocuparse en lo mismo.

En medio de su felicidad tuvo que sufrir esta Mision no pocas ni pequeñas contradicciones, como sucede siempre á todas las obras de la gloria de Dios. Una tribu de gentiles feroces que habitaba en un lugar distante de Adac treinta leguas al Noroeste, viendo establecida la Mision y que sus paisanos acudian á ella á porfia para hacerse cristianos, y no pudiendo sufrir aquella nueva religion que enfrenaba su perniciosa libertad y corregía sus antiguas costumbres, tomaron la bárbara resolucion de perseguir sin dar cuartel á nadie, á to-

dos los que hubiesen abrazado ó quisiesen abrazar el cristianismo. Sabiendo, pues, que los gentiles que habitaban entre ellos y los neófitos habian declarado que querian ser cristianos, cayeron armados sobre la tribu más próxima, y después sucesivamente sobre las otras, matando muchos y poniendo en fuga á los restantes. Estos, refugiados entre los cristianos, los pusieron á todos en consternacion. El P. Retz consultado por el P. Link, fué de opinion que debia hacerse frente á los bárbaros y atemorizarlos de modo que en lo sucesivo no se atreviesen á cometer semejantes hostilidades, pues de otra suerte creciendo con aquellos estragos su engreimiento y su orgullo, no cesarian de hacer á los cristianos todo el mal posible; y no contento con dar este consejo, mandó una tropa de sus neófitos bien armados, para que unidos con las de Adac y con los soldados, les saliesen al encuentro á los enemigos.

Aceptado el consejo y dispuesto aquel pequeño ejército, se dió orden á su jefe de que se portase en aquella expedicion de modo que sin matar á ninguno de los enemigos, los cojiese á todos y los condujese prisioneros á Adac. Así lo ejecutaron puntualmente, porque habiéndose informado del lugar en que acampaban los enemigos, se acercaron con mucho silencio, y cayendo de repente sobre ellos, los cojieron y ataron, sin disparar un arcabuz ni tirar una flecha, les quemaron sus cabañas ó enramadas y se apoderaron de sus armas y de sus miserables muebles. Conducidos en triunfo á Adac, fueron puestos en prision en la casa de los soldados, cuyo cabo, que hacia de juez, hizo saber á los reos que aunque eran dignos del último suplicio, él, usando de la clemencia cristiana, los condenaba solamente á la pena de azote. Este castigo se aplicó solamente á los doce más culpables con el mismo aparato usado ya en un caso semejante en la Mision de S. Ignacio, y valiéndose de la misma industria de que se habian valido con tan buen éxito los Padres Sestiaga y Luyando. Apenas se habian dado ocho ó diez azotes á cada uno de los reos, cuando salia el P. Link á suplicar al juez que mandase cesar el castigo, y este se lo otorgaba, haciendo saber al reo que si no fuera por la mediacion de aquel santo sacerdote ministro del Altísimo, habria sido tratado con mayor rigor. Terminado aquel acto de justicia volvian los reos á su prision, adonde iba el misionero á darles de comer y hacerles algunas exhortaciones útiles. Los primeros dias se manifestaron aquellos indios sobre manera indignados é impacientes, y uno de ellos lo estaba de tal suerte, que parecia frenético ó rabioso; pero por una parte con la continuacion del castigo por siete ú ocho dias, y por otra con las paternales exhortaciones y buenos oficios del P. Link, llegaron á estar muy mansos y humildes. Luego que sufrieron la pena de sus atentados, fueron puestos en libertad, y marcharon á su país con poca gana de repetir sus hostilidades. De

este modo atraídos del buen orden que reinaba en Adac, de la paz y tranquilidad que allí gozaban los cristianos y de la caridad con que habian sido tratados por el misionero, ó por mejor decir, movidos por el atractivo de la gracia del Señor, volvieron despues de algun tiempo con sus familias y parientes y con otros varios gentiles que se les agregaron á pedir con instancia el bautismo, que recibieron despues de bien instruidos y de haber dado pruebas suficientes de la sinceridad de su conversion.

Poco tiempo despues de fundada aquella Mision, un guama que sentia mucho el perjuicio que á sus intereses causaba la conversion de sus paisanos, determinó retraerlos del cristianismo por medio de espantos. Para conseguirlo, encendió una noche una grande hoguera en Adac, y se puso á ahullar horriblemente al rededor de ella. Los circunstantes al oír aquellos ahullidos y al ver los diversos y extraordinarios colores que aparecian en las llamas, ó por un verdadero efecto de los combustibles ó por mera ilusion de su exaltada fantasía, se atemorizaron de tal modo, que huyeron á la casa del misionero á ponerse bájo su proteccion. El P. Link informado del suceso, se acercó intrépidamente al guama con un látigo en la mano; pero este huyó sin atreverse á esperarle. Los neófitos, deponiendo el temor, apreciaron más desde entonces al misionero porque habia manifestado valor; y el guama convertido sinceramente despues de algun tiempo y bautizado, vivió en lo sucesivo como buen cristiano.

Pasando á lo interior de la Provincia, á 15 de Agosto de 1761 descanzó en el ósculo del Señor el P. José Redona, natural del Puerto de Santa María, de donde muy niño pasó á México con un Padre: en la Compañía fué un modelo de observancia y uno de los sujetos más apreciados en la Provincia por su literatura y bellas prendas: despues de haber desempeñado varios empleos, fué electo Procurador para las Cortes de Madrid y Roma en la Congregacion del año de 1757 en compañía del P. Francisco Ceballos, en cuya comision tardaron dos años y siete meses. El P. Redona fué devotísimo de Ntra. Señora del Rosario, cuya imágen traía siempre consigo, y ante la cual rezaba los más dias en un aposento los quince misterios del Rosario, yendo siempre que podia á tributarle este obsequio á la capilla del Rosario de Sto Domingo, por lo cual fué sumamente apreciado de los Padres Predicadores, sobre todo en la ciudad de Oaxaca, donde nuestros Religiosos lo convidaban á todas las fiestas del Rosario y Sto. Domingo, dándole honorífico lugar hasta en su mismo refectorio. Dos cosas particulares se refieren de este Padre: la primera, que cuando pasó á Europa, en el navío el *Rosario*, por su devocion, habiendo varado el buque antes de llegar á Cádiz, ninguno pereció de los navegantes, ocurriendo prontamente barcos para auxiliar á los pasajeros, lo que se atribuyó á la devocion del Padre;

lo segundo, que teniendo cerca de 70 años cuando llegó al puerto de Santa María, su patria, saludó á una hermana suya religiosa, la cual no lo veía desde la última vez que niño secularito se partió para México, donde entró Jesuita, y á donde le habia escrito la prediccion del P. Francisco de Oviedo, quien le aseguró á la Religiosa, que en aquella portería de su convento habia de abrazar á su hermano, verificándose esa profecía en la edad anciana de ambos. El dia de la muerte del P. Redona fué misterioso, porque en él se celebra la festividad del Smo. Rosario, sobre todo, en nuestro país, con las quince horas que diariamente se rezaban despues de una devota plática en los templos de los Religiosos Domínicos: hablando de esa imágen del P. Redona, dice el escritor de la vida del P. Ceballos, muerto en Italia en 1770, que era muy bella, con Sto. Domingo y S. Ignacio á sus lados y un corazon en medio guarnecido de Rosarios: que despues de la muerte del Padre quedó en la Iglesia de S. Andrés y cuando la expulsion la llevó á Bolonia el P. Gregorio Vargas, colocándola en la capilla interior del Colegio que se destinó á los Jesuitas mexicanos.

En el siguiente año de 1762 fallecieron tambien varios sujetos de importancia como el P. Ignacio Paredes de Huamantla, eminente en la lengua mexicana, y mucho más ilustre por su apostolado á los indios: el P. Pedro Borrote de Guanajuato, en cuya ciudad murió; insigne por sus virtudes, y otros. Por no repetir una misma cosa, solo hablaremos de los dos siguientes: el célebre misionero y operario en la ciudad de Puebla, el P. Miguel José de Ortega, y el doctísimo y mucho más ejemplar varon, el P. Francisco Javier Lazcano, doctor de la universidad de México y catedrático en ella del Eximio Suarez.

El P. Miguel José de Ortega, fué natural de la ciudad de Tlaxcala, y tuvo por padres á D. Miguel Ortega y Doña Ana Nava: en su niñez se distinguió por su amabilidad, inocencia y genio dócil, acompañadas estas prendas de un gran talento, suma aplicacion á sus estudios y tan virtuosa conducta, que al entrar en la religion poco hubo que trabajar para dirigirlo en el camino de la perfeccion: concluido su noviciado en Tepetzotlan y hechos sus estudios en el Colegio Máximo de México con general aplauso, sustentado el acto público de todo el dia, como era costumbre en la Provincia, en el Colegio de S. Ildefonso de Puebla, y recibidos los Sagrados órdenes, fué mandado primero á Guatemala á enseñar curso de artes, despues á Oaxaca, donde leyó siete años teología, residiendo hasta el año de 1742 en diversos colegios en calidad de maestro, con grande aprovechamiento de sus discípulos, tanto en las letras como en la virtud, y sobre todo inspirándoles la más tierna devocion á la Santísima

Virgen María, la que puede decirse que constituyó su principal carácter. En el dicho año de 1742, despues de haber recorrido casi todos los Colegios de la Provincia, de suerte que fué conocido en toda la Nueva España y apreciado por su saber, por su virtud y por su aplicacion al confesonario y púlpito, en que especialmente manifestó singularísimos talentos y gran fervor de espíritu, fué destinado al Colegio del Espíritu Santo de Puebla, donde permaneció lo restante de su larga vida. El P. Miguel fué, digámoslo así, colocado en el candelero para la edificacion comun, no menos por el oficio que con tanta habilidad como fruto público desempeñó de Prefecto de la doctrina cristiana, (que enseñaba no solamente en el magnífico templo de ese Colegio, llamado hasta el dia la Compañía, adonde concurría lo más granado de la ciudad, sino en otras iglesias, en las calles y plazas), cuanto por las empresas que tomó á su cargo para promover la mayor gloria de Dios, la devocion á su Santísima Madre y el socorro y alivio de los prójimos, circunstancias que le granjearon el título de Apóstol de la Puebla. En efecto, dotado de un corazon muy semejante al de S. Ignacio su Santo Padre, mucho fué lo que su apostólico celo emprendió y practicó por la religion y el bien público: trabajó no poco para que se fundase en Tlaxcala, su patria, un Colegio de la Compañía, á cuyo fin tenía ya vencidas en gran parte las dificultades que se encontraban en esas fundaciones, contando con una cantidad competente que le habian prometido: emprendió tambien la fundacion de un Beaterio de la Enseñanza para niñas, en lo que se afaná bastante para buscarles casa y fondo suficiente para su permanente sustentacion, y aún ocurrieron varias niñas del obispado con la fundada esperanza segun el estado en que se hallaba la fundacion de ocuparse en ese tan interesante ministerio. Pero fuera por las circunstancias del tiempo ó por la veleidad de las personas comprometidas que no cumplieron sus ofertas, fracasaron ambas empresas, dejando al Padre el cargo de mantener aquellas niñas, lo que hizo con sumas fatigas y vergüenzas hasta conseguirles limosnas para que se colocaran, como llegó á lograrlo, en algunas casas de comunidad. Frustradas aquellas obras tan grandiosas, no se desanimó el P. Miguel; sabiendo las necesidades que padecian el hospital de dementes de S. Roque y los religiosos que lo asistían, se encargó de su socorro: edificó en él doce jaulas, los proveyó de vestido, repuso el templo colocando en él la imagen de la Santísima Virgen del Refugio, cuya devocion propagaba ardientemente en la ciudad, y promovió con los religiosos que la jurasen por Patrona, predicando en ese acto público tan fervorosamente, que consiguió el que desde entonces abundaran los recursos caritativos en aquella casa. Esa devocion á la Santísima Virgen del Refugio que formó el carácter del P. Ortega, no se limitó al acto que

acabamos de decir, de servirse de ese medio para el socorro del hospital de S. Roque: á costa de sumos trabajos, vergüenzas é industrias que le inspiraba su ardiente celo y amor á la Santísima Virgen, logró levantarle un hermoso templo con su bien provista sacristía y cómoda habitacion para un capellan, cuyo templo hasta el dia subsiste, y es uno de los muchos monumentos de la piedad de los Jesuitas: además, por toda la ciudad consiguió que se colocaran imágenes de la misma advocacion á costa de los vecinos y con más ó menos adorno, adonde el Padre solía ir á predicar con frecuencia; diariamente se rezaba de noche el rosario, se iluminaban en las festividades de la Señora y se fomentaba grandemente la devocion: dícese en los apuntes de su vida, haber sido más de ciento veinte los nichos en que estaba colocada la dicha Santa Imágen, y á cuyo adorno habia contribuido el P. Miguel: la funcion titular llegó á ser de las más clásicas y concurridas de toda la ciudad; para extender más esta devocion, hizo pintar varios cuadros y abrir láminas de que se tiraron multitud de estampas que distribuyó por toda nuestra América y remitió á las Filipinas: mandó reimprimir la vida del P. Antonio Balduino, primer promotor de esta devocion é invocacion de Nuestra Señora del Refugio en toda la Italia, vida admirable por los ejemplos de santidad y celo de tan apostólico varon: últimamente, mirando que por la versatilidad humana disminuía la devocion del pueblo, al principio tan fervorosa, publicó una carta tan tierna y tan devota, que arrancó lágrimas á cuantos la leyeron. Igual devocion profesó á las demás advocaciones de la Santísima Virgen: en el Colegio de Zacatecas encendió la de Ntra. Señora de los Dolores, en Leon la de la Santísima Madre de la Luz, en Tlaxcala por medio de los padres franciscanos la de Ntra. Señora de Ocotlan, cuya historia escribió, sacándola de los archivos de ese convento: en una palabra, no hubo advocacion exenta de su devoto afecto y que no hubiera tratado de que fuera celebrada por el pueblo: tal fué su práctica no solo en las ciudades sino en los pueblos ó haciendas donde se detenía en misiones, ó solo transitaba: la misma devocion profesó al Santísimo Patriarca Sr. S. José y Santa Gertrudis, la que consiguió se jurase por patrona de la ciudad de Puebla, como se verificó con gran solemnidad en la Iglesia del Convento de Santa Rosa. Al Sacratísimo Corazon de Jesus le fundó igualmente una fiesta muy suntuosa en el Colegio del Espíritu Santo de la misma ciudad, dando él mismo ejemplo en esos cultos, cantando la misa ó predicando en esas funciones, aún estando muy achacoso y cargado de años. Lo que más recomienda la devocion del P. Ortega, es que en todas estas fiestas era tal no solo la concurrencia á ellas, sino la frecuencia de Sacramentos que logró introducir para celebrarlas con el espíritu religioso debido, que eran todas la edificacion de la ciudad [entera.